



Correo teledirigido

Una personalidad norteamericana de la Asociación Postal ha manifestado que los proyectiles dirigidos podrán ser utilizados para el transporte de la correspondencia entre América y Europa. En el término de tres o cuatro horas un artefacto de esos, lanzado desde una base norteamericana, cruzará el atlántico y aterrizará, debidamente regulado y dirigido desde tierra, en nuestro continente.

Si esta innovación postal se lleva a cabo—y no hay motivo para dudar de su posibilidad—abrirá horizontes insospechados en el campo de las relaciones por correspondencia. Atisbando su probable perfeccionamiento y difusión, podremos aventurarnos a imaginar hasta que grado de comodidad puede llegar el intercambio de cartas entre dos personas situadas a remota distancia.

Unos pequeños aparatos transmisores-receptores podrían ser utilizados como si fueran palomas mensajeras para enviar las cartas a nuestras amistades. Unos a modo de cohetes de uso casero, y que podríamos despedir con las siguientes o parecidas palabras: «Anda, palomita mía (o cohete mío, si se prefiere); lleva esta carta al piso 4.º del número 306 de la Calle 34 de Nueva York. ¡No te equivoques!»

¿Qué, no lo crees, lector?

Vivamos cien años más y ya sabrás decirnos si exageramos.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
27 ENERO 1955

Núm. 369

Año VIII

Alcorno



Alguien llama a la ventana

por L. D'ANDRAITX

Noche cerrada. En la estancia, quema el pino la resina de sus lágrimas. Un raro perfume, una tibieza amable... Silencio denso de trabajo y soledades. Corre la pluma, y el reloj del comedor da sus once martillazos. La sala se llena de tiempo; la casa. ¡Cuán fuerte suena el reloj, entre paredes dormidas con sólo la luz del quinqué, manchando el negro de blanco! Por el corredor llegó el tiempo a mi estancia; se adueñó de ella.

Tiempo que pasa, tiempo que espera. Y entre los dos tiempos, el presente no es nada. Quizá, una cuartilla blanca, la línea que se está gestando, el pensamiento que llega. Vértice de un ángulo.

En el silencio, alguien llama a la ventana.

Tiemblan los cristales, y las persianas corridas se estremecen, al frío de unos nudillos helados. Insiste el viento; vuelve a llamar, soplando.

—Vete! Vete en la noche, que el tiempo ya llenó mi estancia. ¡Vete! Súbete a los tejados, arrástrate por las calles, arma un revuelo de hojas cobrizas en los paseos dormidos, despeina a los árboles, pon alas en el limbo de las últimas hojas, que al filo de la medianoche se crearán pájaros. ¡Vete! No mientras calor en los hogares sólo por el contraste con tus cuchillos de frío, por el hielo de tu aldaba. ¡Vete!

Viento norte se marchó a saltar por los tejados, y fustigó a las veletas, temblaron los pararrayos; y, queriéndose vengar, se encaramó al campanario de la torre más alta del calle. El viejo reloj, indefenso, a los embates del cierzo, con el badajo hería el bronce de sus campanas. Y viento y eco multiplicaron las horas sin ritmo, fuera de un tiempo ordenado. El sonido entró sin llamar, y hubo aún más tiempo en mi es-

tancia.

El loco viento seguía agitando las campanas de la torre del reloj, de aquella torre más alta. Tiempo que sumaba tiempo al tiempo que llegara antes. Largo torrente de arena, entre dos bombonas sin fondo, sin paredes; puro espacio.

¿Cuántas horas corrió el reloj? Nadie lo supo, porque las manecillas fieles siguieron inexorables su arco. No pudo el viento doblarlas, ni lo podría tampoco persona que lo intentara. Pero el presente creció, tuvo hombros de gigante, y una hora convirtióse en horas, por obra y gracia del cierzo que, remedando a los mortales, herido y con tesón, dió amplitudes sin freno a la brevedad de un instante. Vengado o cumplido, no sé, pero ya no volvió a llamar al cristal de mi ventana.

Carrerilla Semanal

RUEGO A NUESTRO PATRON

Haz San Francisco de Sales que a los sufridos mortales de la pluma, en su misión los flumine la gracia, y guía sus pasos hacia una mayor perfección; que si alguna vez, incauta, ofende su pluma un lector, éste perdone la falta y no les guarde rencor, puesto que es muy necesaria, aunque ingrata, su labor.

MORALEJA

Es la pluma, y debe ser, venda, estilo, cruz y espada. Depende según en qué su labor es empleada.

